

Cuando el río nos convoca... hidráulicas poéticas y en/cantos de agua

¿Qué palabras y sentimientos puede un río anidar en nuestras gargantas? Si sus aguas cantaran, ¿podrían esos cantos ser canales hacia el encanto?

Las palabras, como los libros y los sentires, siempre llegan cuando tienen que llegar. A tiempo. A su tiempo. Hace poco, nuestra profesora de Voz y Escucha en el Diplomado de Educación Somática, Irene Rodríguez, compartió con el grupo el preludeo del libro *Esferas para la insurrección: Apuntes para descolonizar el inconsciente*, de la pensadora brasileña Suely Rolnik.¹ Con su voz cargada de dulzura y fuerza política, Irene hizo de puente sonoro para ideas que no me han dejado de resonar desde ese momento. Al inicio de su libro, Rolnik reflexiona sobre la urgencia de articularnos con intención y plenitud de espíritu ante las violencias contemporáneas. Ella habla desde el alza de la extrema derecha brasileña; desde estos páramos, sabanas y humedales, podríamos hablar de los malestares que afectan al río Bogotá, a cuyo encuentro sonoro nos convoca el *Templo del agua*, de Leonel Vásquez. Rolnik plantea que nos toca intervenir los nudos en la garganta con el pensamiento y el sentimiento, para ensayar lenguajes que resistan las fuerzas que contraen la vitalidad y la diferencia. Le da vueltas al término guaraní *ñe'e raity*, que nombra la garganta como el “nido de las palabras-alma”. En este lugar, donde se forman nudos, también nacen “los embriones de palabras [que] emergen de la fecundación del aire del tiempo en nuestros cuerpos en su condición de vivientes”.²

La garganta-nido, en esa cosmovisión, es partera de palabras e ideas, ojalá también de acciones emancipadoras. Las palabras son, ante todo, sonido y resonancia —somatizaciones y sonorizaciones dinámicas que nacen de la interrelación cuerpo-mundo, de la experiencia de ser aquello que Rolnik llama un “cuerpo resonante”, siempre atravesado y poroso—. Para los guaraníes, las palabras son palabras-almas y, en su cosmovisión, la enfermedad surge cuando la palabra se separa de su alma, perdiendo su fecundidad y capacidad de gestar mundos. La palabra desprovista de alma es palabra sofocada, que ya no respira, ni resuena. Un decir huérfano de la conexión consciente, empática y sensible entre cuerpo-y-mundo que le anima —una palabra-fósil en tanto síntoma de fuerzas vitales cohibidas en su expresión o menguadas en su decir—. El sanar, entonces, se convierte en una manera de reimbricar cuerpos-mundos para que sean permeables y plenos. Cultivar la atención desde nuestro sensorium activo abre canales para “germinar palabras que digan matices [...] de los embriones de futuro que se anuncian más allá del sofocamiento”.³

¿Qué es posible sentir y decir hoy del río Bogotá? ¿Podemos respirar con él? ¿Nuestras palabras tendrán alma o serán apenas fósiles?

Sofocamiento traduce, de modo preciso, el estado crítico de contaminación y malestar que padece este cuerpo de agua a lo largo de casi todos sus 380 kilómetros de recorrido, desde sus fuentes hasta su desembocadura. Nace lleno de vida en el Páramo de Guacheneque. Cae enérgico por la cascada del Pozo de la Nutria, buscando su descenso. Corre, bajando por piedras y campos de papas en sus primeros 11 kilómetros hasta llegar a Villapinzón. Ahí, el río comienza a ser cercado por viviendas e industrias que le llenan de descargas diversas, de desechos lácteos, aguas residuales domésticas y químicos vertidos por las curtiembres que pueblan sus riberas. En su paso por el Cañón de las

¹ El diplomado se dicta en el Departamento de Artes Escénicas, en la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá.

² Suely Rolnik, *Esferas para la insurrección: apuntes para descolonizar el inconsciente* (Buenos Aires: Tinta Limón, 2019), 22.

³ Rolnik, *Esferas para la insurrección*, 23.

Lechuzas, ya en Suesca, aprovecha su paso golpeado por piedras y curvas para recargarse de oxígeno. Pero, al entrar a Bogotá, ya ni alcanza respirar. Tal es su sofocamiento al salir por Soacha y Alicachín, que de nuevo debe aprovechar las turbulencias que genera su descenso hacia El Charquito y el Salto del Tequendama, para coger el aire que le ayudará a metabolizar y transformar algo de los contaminantes que lleva.

El río Bogotá produce nudos en la garganta. Enredos de imágenes, olores, palabras y afectos que somatizamos, conmovidos. Nuestro amigo, el hidroingeniero Luis Alejandro Camacho —colega de Leonel en la UniAndes y colaborador nuestro en *entre—ríos*— dijo el otro día que cuando pasa por la ciudad, el cuerpo de agua apenas “va arrastrándose”.⁴ Esas palabras me entraron como temblores que perduran como réplicas; no me dejan quieta... A Luis también le forman nudos en la garganta a cada rato, cada vez que mide los pulsos del río: recogiendo valores de Ph, conductividad y oxígeno. Cuando fuimos al nacimiento, unas semanas atrás, la Laguna del Mapa tenía una saturación de oxígeno de 92% —un valor altísimo. La cifra de conductividad que medía su carga de contaminantes estaba bajísima— tan baja que, incrédulo, Luis soltó unas palabras-anudadas: “¡Nunca he medido aguas tan limpias!”, exclamó, y se le aguaron los ojos de la dicha. Hace unos meses, habíamos hecho el mismo ejercicio en las riberas del río en el peaje de El Charquito. Las aguas que habían nacido sanas unos 10 días antes en el páramo, al llegar a este punto ya eran aguas de alcantarillado. Literalmente. Otra historia, pero las mismas conmociones. El cuerpo que se arrastra, nos sacude. Todo el tiempo.

¿Cómo será ser un pulmón líquido, cargado de oxígeno, que baja corriendo por caídas y turbulencias? ¿Será como sentirse colibrí... un cuerpo de aire que se infla para suspenderse mágicamente y encantarnos? ¿Cómo se sentirá un pulmón líquido tan cargado de contaminantes que apenas puede arrastrarse por meandros lentos y sinuosos, buscando su próximo respiro?

El río Bogotá es muchos ríos. Su estado continuo es el devenir, la diferencia y la repetición de las mismas aguas nacidas en el páramo, atravesando estados de salud fluctuantes. Como sistema lótico que es, nace, fluye, recibe descargas, respira y va, como puede, lavándose, regenerándose. Su norte es la vida. Pero la memoria que imprime en las piedras que roza en su curso (los “cantos rodados” que Leonel pone a entonar en una obra epónima) deja en ellas la huella química de una penosa relación humano-agua.⁵ El discurso que define el río Bogotá solo como fuente cristalina o cadáver líquido son palabras-fósiles del senti-pensamiento, sedimentaciones de aquello que la Abuela Blanca Nieves, de la Comunidad Muisca, de Suba, nos describió hace poco como la expresión de “nuestra mala palabra” frente al río, la negación de la fuerza vital que él conserva contra todas las probabilidades.⁶

Necesitamos palabras vivas para este río, germinadas desde nuestro re-encuentro con sus aguas, para fecundar otros futuros. Esto ya lo saben los muchos colectivos que obran a lo largo de la cuenca para cuidarla, reforestando y restaurando la vegetación paramuna, las microcuencas, los nacederos, los humedales y los bosques de neblina. Gestionando acueductos veredales. Sembrando y regando. Y, como Leonel, escuchando las voces de las aguas.... Quienes se comprometen con el cuidado del río Bogotá se sienten convocados por él. *Que el río nos convoque* es el llamado que la pensadora Aymara

⁴ Conversación con la autora y Leonel Vásquez por Zoom, 10 de agosto de 2023.

⁵ Leonel realizó la exposición *Canto rodado* en Casa Hoffman, del 28 de noviembre al 13 de diciembre de 2019. Ver también Leonel Vásquez, *Canto Rodado*. Disponible en: <https://www.leonelvasquez.com/obra/canto-rodado/>

⁶ Entrevista con la Abuela Blanca Nieves, realizada en la Casa Museo Salto del Tequendama, por el equipo de *entre—ríos*, 26 de abril de 2023.

Silvia Rivera Cusiquanqui describe en una entrevista reciente como el germen de “comunidades de afinidad”, cuya juntanza alrededor de cuencas, montañas y bosques energiza potencias ecopolíticas y éticas y estéticas del cuidado guiados por parentescos ambientales en vez de fronteras geopolíticas.⁷ Sentirse convocado es atender la vocación a afinarse, acción que —como lo expresa la etimología de ese verbo— implica un *fino* atender y resonar con el río sin importar su estado de salud o malestar...

¿Cuáles afinidades podemos imaginar con las aguas del río Bogotá? ¿Cómo nos tocarán sus aguas cuando se juntan con las nuestras?

Templo del agua le da voz a aguas traídas de diversos lugares de la cuenca. Suesca, Sesquilé, Sibaté, entre otros flujos, abren sus gargantas para entonar un espectro armónico que no se agota ni se ordena. Se precipita siempre diferente en nuestros oídos con la energía de los pulsos que mueven incesantemente el río, de su cauce a su desembocadura, siempre en movimiento. La riqueza de sonidos surge de la turbulencia inmensa que hay dentro de las flautas que ha creado Leonel, y de los contactos que se dan entre agua, aire, espacio, cuerpo. Más que afinar, el sonido acuoso, *armoniza*, pues estas flautas armónicas no producen tonos afinables sino repeticiones irrepetibles gracias a las muchas micro condiciones incontrolables en este sistema hidráulico —la presión del agua, la velocidad con la que entra la flauta en ella, su forma acuosa en el momento, su volumen y temperatura—. Y, no sabemos todavía, su estado de salud.⁸

El papel de Leonel aquí es el de mediador entre cuerpos líquidos. Su propia comunidad de afinidad ha sido semilla de este encuentro ritual. Reconocerse hijo del Embalse del Muña, hijo de un padre que promovió acueductos campesinos, y de una madre que valora la gota, cada gota, como la palabra-alma que es, ha sido el (im)pulso de su conexión con el río Bogotá. Sus aguas le inspiran —literalmente— llenándole de oxígeno, sentimiento y parentesco, pues desde hace varios años lleva una práctica de escucha, respiración y meditación somática y espiritual con los cantos de estos flujos. Lo que comenzó estimulado por una desolación que sentía por la imposibilidad de cambiar diversos impases socioambientales (incluyendo el del río Bogotá), devino en una práctica de sanación, primero íntima, y luego compartida, en la medida en que la integraba en obras de instalación y escuchas colectivas.⁹ Hace pocos días, Leonel me contaba de una experiencia que le marcó en ese proceso. Subió a la Laguna El Colorado, al comienzo del páramo de Sumapaz, arriba de la finca de su familia y de la Estación de Escucha de Alta Montaña que, para ese momento, se estaba gestando como sueño y que ahora es realidad:

⁷ Ver: “Sobre la comunidad de afinidad: entrevista a Silvia Rivera Cusiquanqui”, en *Cauce y río: poéticas del presente en el pensamiento de Silvia Rivera Cusiquanqui*, Estal Beatriz Quintar, Raquel Gutiérrez Aguilar, Yayo Herrera (Bogotá: Prosa del Mundo, 2022), 9-34.

⁸ Agradezco a Leonel sus detalladas explicaciones de cómo los materiales crean el paisaje sonoro.

⁹ Hemos podido acompañar este proceso desde 2020, cuando durante los encuentros virtuales que co-curamos en *entre*—ríos con Emilio Chapela y Diego Chocano, invitamos a un grupo de artistas e investigadores conmovidos por los ríos Bogotá, Rímac (Perú) y Usumacinta (México) a compartir sus prácticas de investigación-creación-relación en una serie de encuentros virtuales, a lo largo de seis meses, durante la pandemia Covid-19. Leonel nos llevó en una escucha colectiva de sus *Cantos rodados*, piedras que había recolectado de diversos ríos colombianos y que cantan al girarse en gramófonos artesanales que él crea. En 2021, con el mismo grupo curatorial invitamos a Leonel a crear la instalación sonora *Canto de las abuelas* para la exposición *Live Streams* (en Art Exchange, University of Essex, y en línea), y una escucha y meditación virtual participativa con la que cerramos el programa público. Sobre *Canto rodado*, ver: Lisa Blackmore, “Being River: Ambient Poetics and Somatic Experiences of More-than-Human Flows”, en *The Routledge Companion to Twentieth and Twenty-First Century Latin American Literary and Cultural Forms*, ed. por G. De Ferrari & M. Siskind (Nueva York: Routledge, 2022), 249-261. Sobre *Canto de las abuelas*, ver: <http://entre-rios.net/livestreams>

Me quedé un buen tiempo escuchando la Laguna de Colorado en el Sumapaz. La estaba sintiendo con todo mi cuerpo, y empecé a notar como cada parte de mí, respondía con afecto y gratitud. Recordé el momento de mi crisis por el dolor que me producía el daño a nuestras aguas, y las sensaciones desagradables al presenciar el río Bogotá. Pero ahora es distinto. Estoy escuchando agua, palpitaciones, turbulencias... No sabemos cómo están las aguas: nos muestran algo; se están moviendo, se están transformando. El movimiento es parte de la acción del río. El río está vivo porque se está moviendo. No importa cuál sea. El sonido es la huella de esa condición palpable de su vida. En la escucha, accedes a lugares de la psique que permiten la oxigenación y la reconstrucción de esas arquitecturas del bienestar, además de producir una química que favorece al cambio y habilitar respuestas. El cantar de las aguas me ayudó a apaciguar mi angustia, a enfocarme en energizar mi cuerpo y re esperaranzar mi camino. La naturaleza que soy me escucha y sueña, en todo esto hay un acto de sanación hacia adentro y hacia fuera de nosotros.¹⁰

¿Cómo correspondemos con un río que nos encanta? ¿Cuáles tactos y contactos puede el canto y la escucha crear entre nuestros cuerpos? ¿Cómo nos relacionamos en resonancia?

Templo del agua invita al encuentro sonoro desde la apertura ecosomática y la disposición de afinarnos con el río. Esta invitación se conjuga desde la transducción, fenómeno que dinamiza energías y modos de estar en el mundo. Sintamos y respiremos esto... Para la antropología del sonido, la transducción es un proceso que transforma energía (en este caso, aguas vivas) mediante una “operación técnica [que] convoca una realidad experiencial, es decir, un modo de estar en la presencia auditiva de una sensación o sentimiento sin mediación”.¹¹ Leonel ha creado una instalación de transducción para entrar en relación íntima con el río, activando lo que llama la “hidráulica poética” para abrir canales de armonización entre los cuerpos de agua y los cuerpos de los escuchas.¹² La tecnología que bombea y mueve las aguas en *Templo del agua* nos permite hacer lo imposible: sumergirnos en ellas. Articula interpermeaciones a través de una ecología vibrátil elemental, una danza entre agua, aire y anatomía. Movidas por motores, las flautas agitan y oxigenan las aguas para que respiren y resuenen. Sus cantos se adentran en nuestros oídos, en ondas que mueven el líquido de la cóclea, cuyo fluido luego estremece 25,000 terminaciones nerviosas en un tacto húmedo y profundo. Mientras nuestros huesos resuenan, se mueven otras aguas, las que irrigan nuestras células, para vibrarnos hasta los lugares más hondos de nuestro sensorium —la malla semi-líquida de nuestra fascia, el tejido que nos articula en el mundo—.

Cuando resuenan nuestras aguas, nos damos cuenta de que *sólo somos en relación*, con las cargas, correspondencias y complicidades que eso implica. Siempre somos más que uno. Y siempre vamos siendo. Así como la transducción nombra el proceso de convocar el agua en co-presencia sonora, también define cómo las energías en movimiento impulsan nuestro estar en el mundo. Siguiendo a Gilbert Simondon, la transducción es la operación física, biológica, mental y social en la cual la energía se propaga y pasa de un estado a otro, actualizándose en esos flujos para parir nuevas materialidades de individuación.¹³ Este proceso impulsa las formas dinámicas de los seres vivos

¹⁰ Conversación por Zoom con la autora, 7 de agosto de 2023.

¹¹ Ver Stefan Helmreich, “An Anthropologist Underwater: Immersive Soundscapes, Submarine Cyborgs, and Transductive Ethnography”, *American Ethnologist* 34, no. 4 (2007): 621-641.

¹² Conversación por Zoom con la autora, 7 de agosto de 2023.

¹³ Ver Jean-Hugues Barthélémy, “Fifty Key Terms in the Works of Gilbert Simondon”, en *Gilbert Simondon: Being and Technology*, ed. por Arne De Boever, Alex Murray, Jon Roffe & Ashley Woodward (Edinburgo: Edinburgh University Press, 2012), 203-231; 230.

que nos gestamos al permearnos y relacionarnos con otros seres, fuerzas y vidas. Para decirlo con Erin Manning, en nuestro cuerpo vivimos dinámicamente “en co-constelación con la ambientalidad de la que es parte [...] fases en colisión y en colusión, fases entrando y saliendo de procesos de individuación que son transformados —transducidos— para crear nuevas iteraciones de lo que un cuerpo puede hacer, no de lo que un cuerpo es”.¹⁴

¿Qué pueden hacer, entonces, nuestros cuerpos de agua en permeación? ¿Cuáles nuevas materialidades encontraremos al resonar con el río Bogotá?

Templo de agua activa esas especulaciones al acogernos en su forma circular, una de las arquitecturas rituales más vetustas en la historia humana —una que induce al encuentro y la danza, la palabra y el trance—. El círculo conjuga en plural, por lo que la instalación no sólo interpela como *uno* siente la respiración y cantos del río, sino que *nos* implica en la experiencia sonora, resonante. La escucha, en este sentido, es íntima e intersubjetiva. Dentro del *Templo*, escuchamos al agua, nos escuchamos y escuchamos en colectivo. La circularidad está impresa en la semilla de esta obra que Leonel viene soñando desde hace unos años, concebida como una “circularidad de sanación creada por la sonoridad misma, el sonido que sana [brindando] la posibilidad de poder participar en la construcción de la realidad, el deseo de vivir, energizar los cuerpos y ganas y movimiento”.¹⁵ El círculo, entonces, nos une en una disposición sensible hacia el río, hacia nosotros, hacia los demás, gestando una forma de estar y acompañar que acaso puede también oxigenar afinidades que puedan soñar otros futuros para la cuenca. En últimas, la hidráulica poética de las flautas que suben y bajan hace lo que sueña Rolnik para descolonizar nuestro inconsciente: fecundan el aire de un tiempo ritual donde las aguas del río corren por nuestros cuerpos. Ojalá desde ese lugar nos inspiremos también a soñar desde la escucha palabras-alma que cultiven el reencanto y cuidado de las aguas comunes.

Lisa Blackmore
Bogotá, agosto de 2023

Agradecimientos

A Leonel por la amistad, por compartir y escuchar, a Irene por anidar palabras, a Alejandro por inspirar y leerme.

¹⁴ Erin Manning, “Siempre más que uno”, *Revista de Estudios Interdisciplinarios de Arte y Cultura* 4, no. 1 (2018): 239-261; 243.

¹⁵ Conversación vía Zoom con la autora, 8 de agosto de 2023.